

NOTAS

A PROPOSITO DE LA GUERRA CON CHILE

Heraclio Bonilla
Universidad Católica. Lima

La conmemoración del centenario de la guerra con Chile provocó, como era de esperarse, un efluvio de pronunciamientos, de cándidos llamados a la paz de "nuestros" pueblos y, también, el surgimiento de una atosigante feria de papel. Los libros "sobre la guerra" al parecer se "venden" bien. Para autores y editores es una manera, como cualquier otra, de hacer frente a los tiempos difíciles. Dentro de este variopinto "potpourri", cuya decantación probablemente no deje mucho, constituye una excepción un par de artículos escritos por Nelson Manrique, porque ellos tocan uno de los problemas esenciales del conflicto: el significado de la participación del campesinado indígena. Los juicios que emite el autor ameritan ser discutidos, porque sus implicaciones van más allá de la coyuntura del 79, para referirse a los fundamentos de la sociedad peruana del siglo XIX y al comportamiento de un segmento de su campesinado.

"Los Movimientos Campesinos en la Guerra del Pacífico" (*Allpanchis, Cuzco, 1978, vol. XI, pp. 71-101*) y "La Ocupación y la Resistencia" (en *Reflexiones en torno a la guerra de 1879, Lima, CIC, 1979, pp. 271-331*) son, en la advertencia del autor, avances de un libro próximo a publicarse. La convicción con que enuncia sus ideas, reiterada además en charlas públicas, permite esperar que tal vez no es demasiado prematuro resumir estas tesis y discutir su consistencia.

El Perú de la guerra con Chile, en la imagen del autor, había tenido una clase dominante escindida en dos fracciones: los "civilistas" y los terratenientes del interior. El eclipse y la catástrofe de la primera están asociadas a las tempranas derrotas navales y terrestres de las fuerzas peruanas, pese a las cuales el "civilismo" no aceptó suscribir una paz con cesión territorial, porque:

"no puede ceder Tarapacá sin sacrificarse históricamente. Tarapacá es la base de la acumulación para el proyecto político, para el proyecto histórico del civilismo. La pérdida de Tarapacá significó automáticamente la frustración de la posibilidad de constituirse en una burguesía" ("La Ocupación. . .", p. 309).

El sometimiento del "civilismo", continúa Manrique, abrió el camino a la admirable campaña de resistencia liderada por Cáceres. En este proceso, y en tan-

to Cáceres seguía bajo las órdenes de Piérola, el caudillo de la Breña contó con el respaldo de la clase terrateniente, cuyos miembros fueron incluso incorporados a la resistencia al otorgárseles grados militares, pero esta alianza se quebró cuando Cáceres optó por el reconocimiento de García Calderón como Presidente. Sin embargo, lo significativo en la campaña de Cáceres fue la participación del campesinado andino.

Antes de ser movilizados por Cáceres los campesinos habían ya intervenido en la guerra:

“(al ser) incorporados a batallones organizados por los terratenientes de la región, quienes asumían el mando militar de soldados que, en su mayoría, eran los operarios de las haciendas de su propiedad. De esa manera, la subordinación de los reclutas frente a sus oficiales, no hacía más que poner ropajes militares a la inmemorial subordinación del campesinado a los gamonales” (“Los Movimientos. . .”, p. 73).

Pero la posterior participación del campesinado en la resistencia organizada por Cáceres en la sierra central adopta, en el recuento del autor, rasgos totalmente distintos. En un espacio desintegrado como el peruano, la región central disponía de una gran autonomía, donde las relaciones entre haciendas y comunidades estaban desprovistas de las tensiones existentes en otras partes, mientras que la intensa división social del trabajo de las comunidades campesinas permitía una mayor integración regional de sus miembros. Es este el escenario donde opera Cáceres desde el segundo semestre de 1881. Al integrar su estado mayor con gamonales de la región, Cáceres en un primer momento enarbola el proyecto nacional de la clase terrateniente, proceso que se trunca cuando ésta le retira su apoyo. En adelante, la necesidad de liderar una guerra de carácter nacional hace que Cáceres busque el apoyo de los campesinos, vía la exoneración de los “cupos” y la tolerancia frente al ataque que despliegan estos últimos a las propiedades de los hacendados “colaboracionistas”. Pero la movilización del campesinado de la región se produjo también de manera enteramente independiente del reclutamiento establecido por Cáceres. Este “incendio campesino”, en la opinión de Manrique, tiene su centro en las comunidades de la margen derecha del valle del Mantaro cuyos miembros, cuando Cáceres reorganizaba sus fuerzas en Ayacucho, se enrolaron activamente en la resistencia. Manrique subraya con mucha fuerza que ello ocurrió no tanto como reacción a las extorsiones impuestas por las fuerzas chilenas, sino en respuesta a la “prédica nacionalista que fue desarrollando Cáceres” (“La Ocupación. . .”, p. 300), manifestándose también esta participación incluso en lugares como Comas, Potaca, Colca, Carhuacallanga, es decir comunidades que no fueron tocadas por los “cupos” de guerra impuestos por el ejército invasor.

La toma de tierra que acompaña la movilización de los campesinos del centro había sido en primer momento la expresión del castigo impuesto a la clase propietaria no por ser terrateniente sino por su traición a la patria (“Los Movimientos. . .”, p. 93), pero desde agosto de 1882, cuando Iglesias lanza el grito de paz, este proceso de reivindicación de las tierras se hace aún más intenso. Los campesinos se desprenden del velo nacionalista, depuran su conciencia y transforman la guerra nacional en una pura y simple lucha de clases (“Los Movimientos. . .”, p. 94). Es esta movilización, por otra parte, la que refuerza los anhelos de paz de la clase terrateniente y conduce al tratado de Ancón. En tanto la pérdida de Tarapacá no afectaba sus intereses inmediatos podían respaldar una guerra de desgaste, pero cuando las ocupaciones de tierras empiezan a destrozarse su economía entonces sí tienen interés en establecer la paz con el enemigo en el más corto plazo. (“La Ocupación. . .”, p. 309). Para Cáceres, sin embargo, la búsqueda de una nueva legitimidad (ahora que la guerra estaba concluida) implicaba restablecer la alianza con los terratenientes y deshacerse de sus embarazosos aliados de ayer. Lo uno y lo otro fue obtenido a costa de la represión. La tragedia del campesinado, concluye Manrique, radicaba en el hecho de su imposibilidad de convertirse en clase hegemónica y en la ausencia de una clase con intereses nacionalistas que pudiera liderarlos. Pero esta tragedia fue también compartida por Iglesias. Pese al hecho de haber lanzado una plataforma de paz que despertó la adhesión de los terratenientes desde Cajamarca hasta Puno (“La Ocupación. . .”, pp. 319-320), e incluso haber impuesto en Ancón la “paz de los terratenientes”, no pudo mantenerse en el mando del país:

“porque no tenía la mínima base de legitimidad. La decisión que él tomó le significó el sacrificio total de la popularidad” (“La Ocupación. . .”, p. 309).

He aquí, en suma, una visión sugerente y, por varias razones, muy reconfortantes. El Panteón de los Héroes, poblado ya por los conocidos personajes de la historiografía nacional, tiene ahora que ampliar sus recintos para cobijar también a millares de campesinos humildes, quienes pasan al Olimpo de la historia gracias a los nobles esfuerzos de un entusiasta historiador. Pero, disipados los sentimientos, las cosas no son ni tan simples ni tan claras, como siempre ocurre. Aún más, esta imagen es falsa en tanto el autor o la investigación histórica no resuelva un conjunto de problemas soslayados por el ardor del expositor.

En primer lugar, el reproche fundamental que es necesario formular a Manrique es el de no ofrecer la evidencia suficiente que justifique *cada una* de sus afirmaciones, carencia tanto más lamentable cuando en un lapso tan corto de

tiempo terratenientes y campesinos adoptan posturas sucesivamente diferentes y contrapuestas. Ciertamente que una conferencia y un breve artículo lo eximen hasta cierto punto de hacerlo, pero sería deseable que estas evidencias se incorporaran en el libro definitivo. Pero además de estas deficiencias técnicas, existen en su análisis un conjunto de supuestos erróneos o no claramente explicitados. Quisiera, aquí, sólo referirme a lo fundamental.

La idea de una clase dominante dividida entre "civilistas" y terratenientes es, por decirlo cortésmente, bastante simple. No es muy claro si el Sr. Manrique incorpora a los terratenientes de la costa, es decir a los azucareros y algodoneros, entre sus "civilistas"; si así fuera, su afirmación de que los terratenientes querían la paz inmediata sólo después de la violenta movilización del campesinado andino carece de fundamento. Antero Aspíllaga, el propietario de Cayaltí, no pedía otra cosa desde 1881. Pero la percepción implícita que Manrique tiene de la clase dirigente es aún más extraña, cuando afirma que el "Civilismo" no podía alegremente desprenderse de Tarapacá sin arriesgar su posibilidad de convertirse en una burguesía (!). No voy a discutir las pocas chances que esta situación ofrecía. Lo que es en cambio inadmisibles es que mediante el recurso a una simple metáfora, olvide Manrique mencionar la estructura múltiple de intereses que encerraban los yacimientos salitreros. La monopolización de 1873 y la expropiación de las salitreras en 1875 habían permitido colocar estos yacimientos bajo el control del Estado. Sus "burgueses" potenciales, por consiguiente, hace mucho tiempo que agitaban en la nariz de los soldados chilenos los bonos sin valor que recibieron a cambio. Es un error de la misma naturaleza el que lo lleva a sostener que Piérola, cuando reemplaza a Prado, lo primero que hace es deshacer el acuerdo que en torno al salitre habían firmado los civilistas y plantear su propio acuerdo vía Dreyfus. Y una broma bastante divertida, explicar el alejamiento de Prado del Perú y del salitre de Tarapacá como la expresión de la "autonomía" de un individuo frente a su clase. Es curioso constatar como el uso de ciertos "conceptos" sirve para ocultar la ignorancia de ciertos procesos.

La desintegración del espacio peruano antes de 1879 es subrayado pertinentemente por Manrique. Pese a ello, sin embargo, la clase terrateniente habría tenido la posibilidad de homologar sus intereses y de actuar unitariamente. Por ejemplo, dice Manrique, cuando apoyan a Cáceres cuando éste estaba aún

bajo las órdenes de Piérola y cuando la abandonan en el momento en que el caudillo de la Breña decide respaldar a García Calderón. Es aquí donde la ausencia de evidencias se hace más notable. Por ahora, el lector no puede dejar de preguntarse si por casualidad no existía ya en aquellos tiempos una suerte de Sociedad Nacional Agraria que coordinara de manera tan impecable la actitud de sus miembros. Es esta imagen tan extraña que vuelve aparecer cuando se menciona que desde Cajamarca, en 1882, Iglesias propone una plataforma de paz que es aceptada hasta por los terratenientes de Puno. Estas son afirmaciones muy importantes que requieren de pruebas más convincentes, porque cuestionan la imagen que se tenía hasta hoy del Perú del XIX y que Manrique la asumió también como válida al inicio de sus trabajos.

Pero es la participación del campesinado de la sierra central en la guerra, o mejor dicho la reconstrucción que Manrique hace de ella, la que sugiere los mayores interrogantes. La tesis central, permítaseme reiterarlo, es que el campesinado actúa de dos maneras sucesivas: primero, atacando las propiedades de los terratenientes “colaboracionistas” y, más tarde, contra el conjunto de la clase propietaria. En uno como en otro caso el campesinado habría actuado con una muy grande, sino absoluta, autonomía. Que el campesinado participara, es la evidencia misma. Que decidiera rechazar la feroz extorsión de que era objeto por parte de las fuerzas de ocupación, no lo es menos. Pero, más allá, afirmar, como lo hace el autor, de que esta participación fue independiente de los atropellos de las tropas chilenas requiere, por lo menos, de pruebas más convincentes. Sobre todo, cuando el mismo Manrique señala que los campesinos de Comas actuaron después de que una expedición chilena se limitara sólo a tomar alimentos en la comunidad. La pregunta que viene a mi espíritu es si les pagaron exactamente lo que consumieron.

El “nacionalismo” del campesinado, expresado en el ataque a las propiedades de los terratenientes “colaboracionistas”, está enfrentado al mismo tipo de problemas. Pudo ocurrir, en efecto, un comportamiento de tal naturaleza, donde el campesinado, por las condiciones *sui-generis* del valle del Mantaro, aprendió muy pronto a establecer un deslinde entre su conciencia campesina y su conciencia nacional. Pero es significativo que en el documento que transcribe Manrique, los campesinos afirmen: “con orden expreso del Sr. General Don Andrés Abilino Cáceres(. . .) tenemos orden para castigar las pecardias a los trayedores a la Patria”. Esta es, evidentemente, una manera muy curiosa de ser autónomo. . . Pero si se admite la argumentación de Manrique, el enorme problema histórico que debe resolverse es ¿cómo se constituyó el nacionalismo de aquellos campesinos que ardientemente buscaron una clase que expresara y lo canalizara? Y, *last but not least*, ¿cuál era su contenido

concreto? Si la clase dirigente no era nacional, ni nacionalista, ¿de dónde se contagiaron este virus los campesinos? ¿Bastó sólo la prédica de un hombre?

En el desenlace de la epopeya que Manrique nos presenta, finalmente, una suerte de *deus-ex-machina* limpia las telarañas nacionalistas de la mente de los campesinos para hacerlos actuar, esta vez, en plena concordancia con sus intereses de clase. El resultado de esta mutación fue el colosal ataque contra el conjunto de la clase terrateniente de la región. Una vez más, para admitir este nuevo cambio, sería imprescindible conocer los mecanismos a partir de los cuales se operó esta conversión. En caso contrario, me parece más persuasiva la idea de una lucha de clases al interior de una guerra nacional, en lugar, como sugiere el autor, de una transformación de una guerra nacional en una lucha de clases. En el mismo sentido, no me parece correcto el pensar que el desplazamiento de Iglesias por Cáceres, después de la guerra, estuvo motivado por la pérdida de popularidad del primero, soslayando el hecho irrefutable que fue el desenlace de un enfrentamiento armado.

Toda esta nueva historia en construcción, en definitiva, tiene la innegable ventaja sobre la otra de sustituir la trivialidad por la búsqueda de la comprensión y la explicación de los problemas centrales de la sociedad peruana. Pero sus resultados serán aún mejores en tanto no se olviden algunas de las viejas reglas elementales del oficio de la historia. Particularmente, aquella que prescribe que si bien la historia permanentemente se recrea en función de las necesidades presentes, su análisis, para ser correcto, debe estar siempre colocado en el contexto temporal y mental de los hombres que vivieron aquella historia, en lugar de formular preguntas que ellos ni siquiera pudieron plantearse.

Para volver a los artículos reseñados, Nelson Manrique ha propuesto un conjunto de ideas del más alto valor para pensar de una manera nueva el proceso peruano durante la guerra con Chile. La discrepancia que provocan son un síntoma de su valor. Con una disciplina ejemplar, ha mostrado que la única manera de avanzar en el conocimiento de esta realidad es a través del estudio de situaciones regionales específicas, porque ellas, en un país tan heterogéneo como el Perú, no son mutuamente homologables. En medio de tanta retórica vacía, debiéramos agradecerle por las páginas que ha escrito con tanta sensibilidad.